
MOMENTOS

Vívidos

COMPETENCIA LÉXICA

Copyright © Alumnas y alumnos del curso *Competencia léxica*, WS 2020 – 2021,
Zentrum für Sprachen, Julius-Maximilians-Universität Würzburg.

1ª edición, Enero de 2021

BAJO EL SOL

Por Benedict Engel

Pág. 1

ESPERANDO

Por Tamara Lauth

Pág. 4

UN GOL EN EL ESTADIO DE FÚTBOL

Por Frederik Straub

Pág. 7

FUMAR MATA

Por Isabell Schiebel

Pág. 9

HA LLEGADO EL MOMENTO

Por Miriam Schramm

Pág. 11

ÉPOCA DE NAVIDAD 2020

Por Judith Rottmann

Pág. 14

LAS OLAS DEL MAR

Por Laura Rüb

Pág. 17

LA MAGIA ESTÁ EN EL AIRE

Por Luca Maria Buchsteiner

Pág. 19

MAÑANAS EN FAMILIA

Por Anna Ganzleben

Pág. 22

EL COPO DE NIEVE SOLITARIO

Por Martin Ciban

Pág. 25

¿POR QUÉ ME ESTOY HACIENDO ESTO?

Por Mercedes Acosta

Pág. 27

ENTRE TIMBRES Y COLORES

Por Miriam Rube

Pág. 30

QUERIDO PHILIP:

Por Larissa Börner

Pág. 35

CAMISETAS

Por Saskia Kampf

Pág. 38

¿UNA MAÑANA COMO CUALQUIER OTRA?

Por Brigitte Hassold

Pág. 41

UN PERRO DURMIENDO

Por Rikke Hansen

Pág. 44

Bajo el sol

Benedict Engel

En la última casa en el mismo borde de un pueblo, muy lejos de las ciudades pulsantes llenas de gente corriendo frenéticamente de un lugar al otro, siempre sin tiempo, está sentado un viejo en su veranda. Cuando estamos hablando de una casa nos referimos más a una diminuta cabaña construida en madera y pintada en un brillante azul, cuando estamos hablando del pueblo describimos más una colección de unas pocas cabañas, todas de diferentes colores, que se encuentran al lado de un camino polvoriento. Justo al lado de la casa del viejo empiezan las plantaciones y nunca terminan. El pueblito está completamente rodeado de una selva de plantas de banana, parece que sea un pequeño barco en un océano sin orillas. El viejo está sentado, reclinado en una mecedora, que es más vieja que él mismo, lleva un sombrero descolorido, una camisa blanca empapada en sudor, pantalones remendados y está descalzo. En su cara quemada por el sol se pueden contar los años como en un árbol cortado y en sus ojos acostumbrados a la luz brillante se reflejan las

innumerables plantas de banana y los innumerables años de trabajo duro en aquellas plantaciones.

Sus ojos están enfocados hacía el horizonte donde el sol desdibuja las fronteras entre el mar verde de las plantaciones y el océano azul. Ahora al principio de la tarde el sol mata todo lo que puede tocar con sus despiadados rayos. Parece que debido a sus décadas de trabajo al sol el único ser vivo que no está sufriendo del clima es el viejo. En esas horas de tortura por la tarde los demás habitantes del pueblito y los animales que viven en la selva de las plantaciones se esconden en sus chozas destartaladas o en sus agujeros, se tumban en el suelo sin moverse y se quedan jadeando como los pescados en el aire hasta que la noche les libera del sol. Al contrario al silencio absoluto, que solamente es interrumpido por los movimientos suaves de la gigantes hojas de las plantas de banana, en la cabeza del viejo los pensamientos están corriendo. Él está pensando de un tiempo muy lejano, cuando el día a día era más que una tortura, cuando la vida estaba llena de esperanza y optimismo.

Les habían prometido que muy lejos, en el oeste del país, estaba esperando una riqueza más allá de su imaginación. Habían dicho que el estado les regalaría parcelas y las primeras plantas para fundar las primeras plantaciones. Cuando el viejo, en este tiempo era un joven, y muchos más vinieron, descubrieron que los políticos tenían razón y cada quien consiguió su parcela y sus plantas. Pero además se dieron cuenta de que no les habían contado de los animales peligrosos, de las enfermedades, del sol y lo peor: no les habían contado de los Gringos. Al principio de este tiempo los hombres y las mujeres luchaban contra los problemas, trabajaban duro y durante años todo parecía como que habían ganado. Pero luego llegaron los Gringos y con ellos la vida cambió. Los Gringos empezaron a pagarles menos por las bananas al viejo y a sus compañeros. Mientras los Gringos construyeron casas lujosas de piedra en las cuales tomaban whiskey importado, el viejo cada día tenía más problemas para alimentar a su familia. En este tiempo empezó a pensar sobre la situación actual y en las próximas

semanas y meses, pasó mucho tiempo pensando en escapes. Finalmente, el viejo y sus compañeros decidieron escribir una proclamación en la que exigieron precios adecuados por sus bananas y una restricción del poder de los Gringos.

De repente un ruido muy silencioso llama la atención del viejo en la veranda y sus pensamientos regresan a la realidad. Se puede reconocer una vibración aumentando en la bandilla de la veranda, obviamente algo se está acercando. Los ojos gastados del viejo no ven el coche hasta que se para exactamente en frente de la cabaña. El polvo revuelto le hace toser y tiene que cerrar los ojos, pero sin embargo, no reacciona asustado cuando el Gringo aparece directamente en frente de la mecedora. Su talla es de un hombre de 30 años, pero su cara parece como la de un bebé. Él lleva un traje a medida, botas negras pulidas hasta que brillan más que el sol y sus ojos expresan una mezcla de desprecio despiadado. El viejo no le hace la cortesía de mirarlo, se queda mirando hacía el horizonte. Cuando el Gringo abre la boca, parece que el entorno se fría veinte grados. Con alegría infantil en la voz dice al viejo: “¿Pensabas que podíais ganar?”

Esperando

Tamara Lauth

Hace frío.

Bien abrigada en una chaqueta de invierno estoy balanceándome de un lado a otro. Visto un jersey sobre una camiseta y una camiseta interior. Y un par de medias debajo de mis pantalones. La gorra de color marrón tirada profundamente en mi cara, estoy calentando mis orejas. Mi cuello arrebujado por un chal, estoy protegiéndome del viento frío, típico del tiempo de invierno en Alemania. Las palmas de mis manos metidas completamente en los bolsillos de mi chaqueta, no me siento como si estuviera en Alemania, sino más bien en las montañas de los Andes.

Al alzar mi cabeza, se aprietan los músculos de la nuca, mientras los músculos del cuello se estiran. Esperando tranquilamente me doy cuenta cómo se relajan mis músculos tensos poco a poco. Mi pecho está subiendo y bajando. Subiendo y bajando. Por un pequeño momento veo mi propio aliento, pendiendo en el aire frío. Mi nariz está

enrojecida. Una consecuencia de ese tiempo. Al respirar el frío del aire duele como si tuviera millones de pequeños pinchazos. Huelo petróleo, mezclado con un olor a orina.

Al bajar mi cabeza un golpe de viento frío me trae de vuelta el efecto, por lo que estoy encapotándome compactamente en mi chaqueta. Ensimismada mirando hacia el frente, avisto una cadena de montañas con las cimas cubiertas de nieve. La vista de las montañas me pone contenta. Me acuerdo de mi infancia, específicamente de una etapa muy feliz de mi infancia, en la que todavía creía que todo era posible. Pues hoy, muchos años después, ya sé que todo se ha cambiado. Con el intento de calentarme, me giro suavemente sobre mi eje, moviéndome un poco por la izquierda. Girando la cabeza lentamente, me percató del ambiente de una manera consciente.

A mi lado de la izquierda está una madre con sus hijos. Mientras la madre está intentando poner una gorra en la cabeza de su hijo, la hija está observando su ambiente con curiosidad. El chico está gritando y actúa como si le hubieran quitado su juguete. Su hermana observa la escena indiferente. Una voz extraña suena de forma penetrante, haciéndome girar la cabeza fuera de la escena familiar.

Alzando mi cabeza por la derecha, miro a una pantalla y de repente me pone inquieta. A lo lejos resuena un silbido, que se acerca más con cada segundo. Mi mirada está fijada en un objeto indefinido a lo largo. Al acercarse reduce la velocidad poco a poco. Oigo un chirrido como si alguien hubiera rascado con sus uñas sobre una pizarra. Al oírlo me puso la piel de la gallina.

El tren llega a parar completamente. Las puertas se abren con un ruido de silbido y personas salen. Mientras algunas personas salen con prisa, hay otras que prestan mucha atención para no hacerse daño al final.

Después de que todos han salido, seguramente, nuevos viajeros empiezan a subirse al tren. Con tiempo yo hago lo mismo y finalmente me pongo en camino para visitar a mi familia.

Un gol en el estadio de fútbol

Frederik Straub

Todos los que han ido a un estadio al menos una vez conocen la atmósfera que se vive en un estadio en el que toda la hinchada apoya a su equipo favorito saltando y gritando, cuando marcan un gol y la mayoría de las veces expresando con insultos la rivalidad hacia el adversario, así como el desacuerdo con las decisiones del árbitro. Pero existe un momento en el que toda la hinchada de uno de los equipos se vuelve loca: Cuando hay un gol.

Se puede imaginar como en cámara lenta. Mientras el delantero corre hacia el arco del adversario, todos en el estadio ven la posibilidad de que puede marcar un gol. Todos miran al jugador en posesión de la pelota cogiendo a impulso al mover la pierna por detrás y preparándose para patear al arco. En ese momento los fans que apoyan a su equipo saltando y gritando durante todo el partido se quedan de pie y paran los gritos mirando concentradamente lo que pasa en la cancha de fútbol. Todos sienten una tensión fuerte y la adrenalina corriendo por todo el cuerpo y sudan por nerviosismo pensando en si el delantero va a aprovechar la oportunidad o no. La respiración se

vuelve agitada, las pupilas se dilatan, el corazón late rápidamente y todos se preparan para ponerse de pie a saltar y gritar por la posibilidad de un gol. ¡El futbolista tira a la pelota y ... GOOOOOOOL!

La energía acumulada explota de un instante al otro y te da un escalofrío fuerte sintiendo que toda la hinchada se vuelve tan loca como si no hubiera un mañana y silbando ruidosamente, tanto que te duelen las orejas. Las emociones no tienen límite. Toda la gente de las barras bravas transmite su alegría alzando los brazos al cielo y saltando hasta que se siente la tribuna temblando. Los aficionados se abrazan, aplauden a su equipo y se aprietan las manos por tanta alegría.

Mientras tanto, el comentarista anima a la gente a gritar el nombre del goleador y la gente grita orgullosamente y apasionadamente con una voz tan impulsiva que sonroja la cara por toda la sangre que corre por su cabeza. Mientras esto sucede , el comentarista da el resultado del partido y los ganadores gritan de manera humillante “cero” cuando notifica la cantidad de los goles del adversario.

Después del partido, los extasiados hinchas salen contentos del estadio, hablan con otras personas que recién conocen sobre el partido, generalmente son del mismo equipo. Hasta pueden irse juntos a celebrarlo. En cambio, los hinchas del equipo perdedor salen molestos y enojados con todos.

Fumar mata

Isabell Schiebel

Estoy estudiando cuando el deseo de hacer una pausa para fumar me atraba de nuevo. Me voy al balcón. No es grande, pero contiene, al lado de una gran parrilla de gas, tres sillas de madera que se inclinan sobre una mesa con un mantel que compré en la primavera. Mi color favorito es rosa y por eso el mantel es rosa con diferentes dibujos de flores como rosas y dalias en varios tonos de este color. Dos ceniceros se encuentran en la mitad de la mesa. Uno es de color verde, el otro de color marrón. Ambos tienen forma de plato y están llenos de cigarrillos apagados y ceniza. Parece como si las colillas se pelearan entre si mismas por un sitio en los ceniceros. En algunas partes la ceniza tiene que hacer sitio para ellas y se mueven sobre la superficie de la mesa.

Enciendo un cigarrillo nuevo. Doy una chupada fuerte como si incorporara así el elixir de la vida. En realidad es lo contrario. Lo leo en la cajetilla. En letras gordas y negras sobre un foto mostrando un pie con muchas heridas de un cadáver está la declaración oscura: *Fumar mata!* En el reverso pone: *Fumar obstruye sus arterias!* Otra vez veo el

pie. Es gris y las heridas son más bien cortes cosidos de color negro o rojo oscuro. Podría ser que la foto es en blanco y negro, porque sería muy asquerosa si fuera la realidad. Tal vez los responsables de las autoridades sanitarias mangaran la foto de una escena de una película de terror como *Frankenstein*. Las fotos y los dichos ya no me impresionan y no presto atención a esto. Solo es importante que el paquete sea de la empresa *Malboro*, tiene el color rojo y cuesta ocho Euros o más para que contenga más cigarrillos. Esta cajetilla cumple todas estas demandas.

Doy otra calada y tengo el humo encarcelado en mi boca durante unos segundos. A continuación espiro y lo dejo alejarse. La nube del humo parece más grande por el frío. Se extiende como una niebla delante de mis ojos de manera que no puedo ver a través de ella. Por un momento estoy invisible al mundo, sola con mis pensamientos. El olor es familiar y penetrante, pero ahora mismo me da igual que sea también desagradable. Me sigue a todas partes.

Así tomo más caladas y siento lentamente que me relajo. La longitud del cigarrillo se reduce con cada calada mientras la ceniza ardiente se acerca más a mí y aumenta. Es el momento de quitar un poco de la ceniza. Toco el filtro lentamente y la ceniza cae al cenicero verde como copos de nieve caen normalmente en esta época del año al suelo. Llegando a su fin doy la última chupada del cigarrillo como si fuera la última para siempre y lo apago. Lo apretujo entre otras colillas y la ceniza se arremolina del cenicero otra vez. Vuelvo, con el pensamiento de vaciar los ceniceros y limpiar la mesa, a mi habitación.

Ha llegado el momento

Miriam Schramm

El momento ha llegado – finalmente – piensa ella, mientras regresa en sus pensamientos a la época en que todo comenzó... ¿Cuánto tiempo lleva esperándolo? Ella no lo sabe, pero le parece como si hubiera estado esperándolo tanto tiempo que ha olvidado todo. Tenía que calmarse, ¡no podía olvidar cómo fue! Con manos temblorosas y con su párpado derecho moviéndose con nerviosismo, como siempre lo hace en esos momentos, se pone a inspirar y espirar lentamente, con la mayor concentración y, mientras tanto, pensaba en su salvación: De un momento a otro, siente como si toda la tensión hubiera abandonado repentinamente su cuerpo. Sus rodillas dejan de temblar, de repente, sus pies, que previamente habían estado golpeando sin parar en el suelo se relajan, sus dedos, previamente cruzados bajo la mesa como signo de felicidad, encuentran su nuevo lugar al lado del otro en la fría mesa. Como si el recuerdo hubiera finalmente regresado a

sus pulmones, como respirar normalmente, su respiración se queda tranquila, en casi el mismo ritmo en el que el penetrante sonido del reloj rompe el silencio de la habitación. Aliviada, se inclina un poco hacia atrás, causando un chirrido sorprendentemente fuerte de las patas de la silla, mientras el todo tiempo se queda con sus ojos fijados en las manecillas del reloj, que parecen moverse con una lentitud angustiosa. Tic-tac, tic-tac, cuánto maldice la decisión de colgar este reloj en su cocina en este mismo momento, el penetrante sonido le está dando dolor de cabeza. Lentamente siente un ligero temblor, volviendo a sus piernas y un tic nervioso tratando de luchar de sus dedos por un momento hasta que por fin renuncia a ello, cediendo al temblor de los dedos que contra su voluntad se convierte en un golpe en la dura mesa. Pero ¿qué es? Poco a poco, los tambores parecen cambiar de un movimiento incontrolado de los dedos a un ritmo intencionado que, de alguna manera, le resulta familiar. Extrañada y un poco desconcertada, ella recuerda el momento en el que sintió exactamente este ritmo por última vez y ¡de repente se pone contenta! En su mente deja pasar aquella noche otra vez en revisión, aquella noche después de la cual todo había cambiado repentinamente y había amanecido una nueva época en la que su vida simplemente seguía sin poder hacer lo que había determinado su vida antes. Lo mucho que su cuerpo había sufrido durante ese tiempo, los muslos en sus piernas quedándose inmóviles, sus rodillas causando un desagradable clic cada vez que se agacha, las pantorrillas, ahora sólo una sombra de su antiguo yo. Para no ser olvidados, sus hombros que se quedan débiles y probablemente ya no podrían llevar sus brazos en el aire más de veinte segundos. Tenía que, finalmente, aceptar la nueva realidad: su cuerpo está frágil, sin el ejercicio regular que tenía antes de todo esto... Como si hubiera olvidado qué día es, mira por la ventana, perdida en sus pensamientos, delante de la cual las nubes grises parecen reunirse en una lluvia, su postura pareciendo vulnerable y paralizada. Un fuerte "¡Cucú, cucú!" de repente irrumpe en sus pensamientos y se pone de pie tan sorprendida como si un disparo de cañón la hubiera

despertado de un sueño profundo. Por fin ha llegado el momento, el momento que había estado esperando durante tanto tiempo y que, sin embargo, la hace dudar por un breve momento. Pero entonces una brillante sonrisa comienza a extenderse en sus labios y todos sus miembros temblando con anticipación comienzan a moverse simultáneamente. Lleva su bolsa y corre a su puerta de entrada, mientras su sonrisa se queda y riendo arroja su máscara por última vez en el rincón más oscuro de su pasillo. ¡Nunca tendría que volver a usarla, la pandemia fue finalmente derrotada, el toque de queda fue levantado por fin! Como si fuera el día más feliz de su vida, pensando ¿quizás lo es?, corre tan rápido como sus pies la llevan al su club favorito para que sus pies puedan bailar hasta el borde del agotamiento en una noche que nunca olvidaría...

Época de Navidad 2020

Judith Rottmann

Ya ha llegado el último mes del año, que quiere decir que las Navidades están a la vuelta de la esquina. Nada de insólito ... Sin embargo, este año y los años anteriores han sido tan diferentes como la noche y el día, y por eso la época navideña se distingue también de todo lo que nos hubiéramos imaginado hace algunos meses. Hace algunos meses - que parecen tan lejanos como si fueran en otra vida – cuando todavía era posible hacer fiestas, quedar con los abuelos, viajar por todo el mundo y hacer la compra sin la obligación de llevar la mascarilla ...

Yendo de compras antes de Navidad, los años anteriores uno se sentía como si fuera una sardina en la lata... Hombro con hombro, la gente estaba en las tiendas, avisando al otro lado de la tienda lo que quería comprar y simultáneamente poniendo miradas de molestia porque no sabía por dónde pasar.

Este año por lo menos no están abarrotadas las tiendas. En lugar de eso, la gente se queda con desgana al hacer la cola delante de las tiendas a causa del número limitado de personas en cada una de ellas, dependiendo de su superficie. Miran sus relojes y

segundos se convierten en horas. A parte de la mezcla de canciones navideñas, se oye la voz monótona de los vendedores diciendo “Que cada uno tome una cesta” o “Por favor, mantened la distancia de seguridad”. A lo lejos se pone a llorar un niño, otros están riendo y de repente alguien tose ... la gente está asustada, sale de sus pensamientos y con un leve movimiento de cabeza busca y mira a la persona que ha tosido como si cometiera un crimen.

Debido a todas las medidas y restricciones, la gente no puede disfrutar de la época de Navidad como de costumbre. Por lo menos no es posible en público, ya que no hay mercados navideños, ni conciertos de Navidad, ni nada ... Pero una mañana, al abrir la ventana y al mirar fuera, todo parece distinto que el día anterior: La razón es que ha nevado por la noche. Los techos de todas las casas llevan una capa de nieve mientras que hacia el cielo suben levemente nubes de humo de sus chimeneas. Estas nubes grises se mezclan con aquellas blancas y disminuyen de tamaño al subir cada vez más alto. Con algo de creatividad, se distinguen formas y cosas en las nubes. Sin embargo, el sol consigue a brillar a través de los huecos entre las nubes y los rayos de sol iluminan la nieve, así que todo está destellando. Tanto el cielo, como toda la naturaleza, aún lleva un toque rojo resultando de la aurora. Parece maravilloso y toca la alma de una manera inexplicable, como si la iluminara también.

Además, en el lado opuesto de la calle hay varios abetos, todas sus ramas cubiertas de nieve. Observándolos durante algún tiempo, se observan algunas ramas cediendo lentamente por el peso de la nieve, así que la deja caer. Los copos de nieve cubren partes de las huellas que ya estuvieron debajo del abeto en la nieve. Hay huellas de pie, tan grandes y profundas, de adultos, como pequeñas, de niños y patas de un perro. En resumen, toda la vista del ambiente nevado transmite sentimientos de alegría y satisfacción como si fuera una vista que nunca ha habido antes. Incluso logra poner a la gente en un ánimo navideño y les deja olvidar todas las circunstancias bajo el covid por un momento. Al final, es verdad lo que siempre dicen los eslóganes públicos:

Estamos juntos de corazón a pesar de la distancia física! Y a ver, igual tendremos suerte de que nevará de nuevo sobre el 24 de diciembre, así que la fiesta de Navidad no será solo inolvidable, sino también una fiesta de Navidad “blanca”. ¡Ánimo, a cruzar los dedos!

Las olas del mar

Laura Rüb

Tomáte un momento e imagínate esto. Es un día espectacular, tú estás en la playa, hace muchísimo sol, el cielo es azul sin nubes. Te quedas sentada encima de una toalla en la arena, tan blanca y caliente. Tienes puesta la crema solar y tu piel está brillando por los rayos del sol.

Fijamente estás mirando al mar. ¿Ves que tiene un brillo turquesa y qué grande es? Parece como si no hubiera ningún final, como si fuera infinito. Cada segundo se forman nuevas olas, notas sus movimientos, muestran un ritmo, lentamente se están moviendo hacia la orilla. Se repite una y otra vez y eso te transmite tranquilidad y calma. Te das cuenta cómo te relajas, te sientes muy contenta y todas tus preocupaciones se van de tu cabeza.

De repente pones tu cara hacia el sol y te quedas así con los ojos cerrados durante unos minutos, solamente escuchando al sonido del oleaje. Abres tus ojos y te levantas,

sin prisa te acercas poco a poco hacia la orilla del mar. Mientras estás andando, tus pies se hunden en la arena hasta los tobillos.

Cuando los dedos de tus pies tocan el agua, notas que está un poco fresca pero agradable, huele a sal y puedes sentir cómo las olas primero rozan tus muslos y luego cuando vas más hacia dentro también tocan tus brazos, hasta que todo tu cuerpo está en el agua. Ahí te tumbas de espaldas, te quedas mirando al cielo, el sol está brillando en tu cara, cierras tus ojos y te dejas llevar por la corriente, te mueves con el ritmo de las olas. El sonido del océano en los oídos, te quedas escuchando atentamente la melodía del oleaje y al mismo tiempo tú estás sintiendo que se levanta y baja tu cuerpo, estás sonriendo y disfrutando del momento.

Cuando abres tus ojos, se siente como si no hubiera pasado el tiempo, con un leve movimiento de cabeza miras hacia la playa y ves unos niños que están jugando por ahí, construyendo unos castillos. Estás escuchando sus sonrisas y eso te transmite pura felicidad, tiene efectos calmantes para tu alma.

Ya sabes que estarás recordando esos momentos cuando llegue el invierno, porque al final son los pequeños detalles. Algunas veces no necesitas nada más.

La magia está en el aire

Luca Marie Buchsteiner

Ocho de la mañana. Hace frío, humedad, la lluvia cae lentamente y se acumula en el asfalto.

Una mujer camina inquieta por la calle y, haciendo zigzags, trata de esquivar los charcos. Con los hombros hundidos, la cara escondida detrás de una capucha y las manos en los bolsillos del pantalón arrastra los pies por la calle. Parece como sí no se sintiera bien, pero no se sabe si es por la lluvia o por su malestar.

A paso ligero se va hacia una peluquería y llegando ahí abre la puerta con mucha presión, por lo que esa se abre y se cierra otra vez y así casi tira a la mujer hacia afuera. Con cara enfadada sigue caminando y examina con la vista su alrededor mientras se va hacia una silla desocupada.

Se sienta en una silla que se adapta perfectamente a su cuerpo y lentamente se apoya en el respaldo. Fortaleze su espina dorsal, los hombros y el abdomen, formando una línea recta con la parte superior del cuerpo. Con las manos temblando inspira y expira

lentamente dos veces y después levanta su cara para mirarse en el espejo. ¿Qué ve? Un persona con ojeras tan profundas como el mar, las comisuras de la boca hacia abajo y una tristeza en los ojos que te deja congelado.

Una peluquera joven con una hermosa sonrisa se acerca y se detiene detrás de la mujer en la silla, irradiando una calma enorme. Saca una tijera terrorífica del bolsillo del pantalón y, segura de sí misma, empieza con su trabajo. La dama se queda tranquilamente en la silla y parece como si estuviera disfrutando del procedimiento. La tijera se mueve rápidamente y poco a poco cae el pelo cubriendo el piso como si fuera una alfombra. El cabello se mueve con la ligera corriente de la habitación y navega hacia el suelo, mientras la mujer sentada observa lo que sucede. Todo el cuarto se queda en un silencio profundo, solo de vez en cuando se escucha el corte de la tijera o el sonido de los pies de la peluquera en el piso. El temblor de las manos disminuye poco a poco hasta desaparecer por completo, dejando las manos relajadas y apoyadas en los reposabrazos. Cuanto más pelo se corta, más se elevan las comisuras de la boca hasta que, finalmente, aparece una sonrisa radiante. Todo lo que falta son los toques finales, la peluquera hace cabriolas alrededor de la silla por última vez, balancea las tijeras con una facilidad impresionante y luego el espectáculo se termina.

Ocho y media de la mañana, una mujer digna empuja la puerta con mucho énfasis y esta se abre fácilmente.

Baja las escaleras como si una reina saliera de su castillo, poniendo un pie delante del otro.

Camina por la calle, feliz, con los hombros erguidos, la cara hacía el cielo, los manos al lado se su cuerpo. Sus rizos se mueven hacia arriba y hacia abajo, como si estuvieran al ritmo de la marcha.

Salta los charcos y se aleja paso por paso de la peluquería, irradiando una satisfacción y alegría increíbles.

Mañanas en familia

Anna Ganzleben

Domingo. Son las diez de la mañana. Como siempre, soy la primera en la cocina. Parece que los demás siguen durmiendo, viviendo aventuras inesperadas en sus sueños profundos. Lentamente, esforzándome mucho por no hacer tanto ruido, elimino las últimas pruebas de la noche de juego, más que nada una noche de risas enérgicas, de bebidas demasiado fuertes y de discusiones intensas. Después de limpiar nuestra mesa larga, descargo el lavavajillas cuidadosamente. Me gustaría preparar un desayuno de fiesta y después despertar con cariño a mis compañerxs de piso, dando la buena noticia que ya está todo preparado para llenar nuestros estómagos vacíos.

Desgraciadamente no sale muy bien – uno tras otro se despierta por el ruido de los platos temblorosos. Poco a poco, la cocina se llena, se llena de gente somnolienta, se llena de voces bajas, se llena de olores a café y té. ¿Ya están todos? No, pero qué importa, sin duda los demás llegarán muy pronto, comencemos! Mis compañerxs toman sus asientos, algunxs se reparten el diario. Empiezan a leer artículos que les

parecen interesantes, de vez en cuando se nota una sonrisa en los labios del lector como si hubiera leído una oración bien chistosa. Otra vez responden al texto moviendo la cabeza diciendo “no”, como si se hubieran quedado irritados por su contenido. Las partes más interesantes las leen en voz alta para que los demás puedan tomar nota también. El resto se queda hablando, todxs sentadxs en posiciones cómodas en las sillas viejas de nuestra cocina, sillas de madera, sillas de plástico, sillas de camping – no hay dos iguales, todas son diferentes, todas tienen su propia historia. Con rodillas flexionadas o piernas cruzadas charlan de sus semanas universitarias, de la pelea que tuvimos con nuestros dueños por dejar la puerta del departamento abierta por las noches y, por supuesto, de navidad. ¿No sería mas responsable quedarse en Wurzburg para no llevar el virus a otras partes del país? Hablando desarrollamos ideas creativas de cómo podríamos pasar una navidad peculiar, pero maravillosa, aquí, como si ya hubiéramos decidido en contra de los viajes a nuestras ciudades de origen. Lo pasaríamos comiendo cantidades impresionantes de comida deliciosa, dando unas vueltas por el parque en las pocas horas con luz del día, tomando vino caliente de vuelta en casa para calentarnos.

Mientras la mayoría se queda hablando o leyendo, Louisa se levanta de la mesa y empieza a cortar con gracia verduras y fruta en trozos pequeños. Los pone en su utensilio de cocina favorito, nuestra famosa juguera, que trocea manzanas, naranjas, zanahorias y jengibre en segundos, pero haciendo harto ruido. Llena con facilidad vaso por vaso y con sus brazos largos pasa uno por uno a la gente sentada a la mesa. A cambio recibe miradas agradecidas. Dando la vuelta hacia la unidad de la cocina, desliza la mano suavemente sobre los hombros de la persona más cercana.

Yo miro toda la escena desde la distancia, desde nuestro sofa cómodo, puesto en una esquina de la cocina. Sentada con piernas cruzadas miro bien la gran actividad del desayuno del tercer domingo de Adviento. Me pongo más calmada, dejo al calor del

momento llenarme poco a poco. La luz parpadeante de las velas goteando me envuelve mientras yo me pierdo en pensamientos.

El copo de nieve solitario

Martin Cibán

Comienza el atardecer en un día de diciembre que se está acabando. El sol lanza sus últimos rayos de luz dorada sobre la fresca vastedad del paisaje de invierno, como si quisiera darle su despedida al mundo entre dos luces.

Alto, ahí arriba, en el cielo, se asoma un copo de nieve solitario, garbosamente flotando en su largo viaje con destino a la tierra; parece que viene de lejos. En ello está andando con paso ligero, saltando alegremente, jugando con la suave y gélida brisa, reluciendo como plata en la luz mortecina del sol invernal que se va ocultando.

Parece que intentara retrasar el inminente toque contra el suelo, durante el mayor tiempo posible; como si supiera que, tan pronto como llegue a su destino, va a cesar su existencia. Como si hubiese nacido para desvanecerse.

Aun así, sigue cayendo decidido, tranquilo, con modestia, y sube y cae y baila, dando vueltas bajo el manto celestial, volcándose, envuelto en un pacífico, glacial y sepulcral silencio, como si disfrutara de cada momento de su limitada eternidad con absoluta entrega.

Como si existiera todo que le rodea solo para sí mismo; los bastidores para su óbito, que van a desaparecer con él.

Se acerca a la fría y húmeda tierra, flotando hacia su fin inevitable.

Infinitamente suave, el duro suelo le recibe, como una canica que se cae en las inocentes manos abiertas de un niño. Está llegando, se acuesta en su tumba fresca y así desaparece en el mundo.

Poco después el cielo se pinta de blanco, lleno del caer de los infinitos copos de nieve, que se precipitan como su vanguardia solitaria; flotan así, inconmensurables, hacia la tierra. Caen al suelo y se desvanecen. Legiones de blancos cristales, cayendo, como si fueran hojas marchitas de los lejanos jardines de los cielos.

Todos ellos caen. Caen hasta que la tierra se va sembrando de millones de copos, que poco a poco van formando un manto suave sobre todas las cosas, cual infinito velo blanco que envuelve al mundo entero en piadoso silencio; un manto en el que todos los demás copos que van cayendo se pueden acostar entonces tranquilamente. Muchos ahora forman uno. Un eterno paisaje invernal.

¿Por qué me estoy haciendo esto?

Mercedes Acosta

Justo después de levantarme he pensado que sería una buena idea empezar con mis ejercicios. Todavía no he comido y mi estómago anhela algo. Lo único que me he tomado era un café con leche de almendras. Pero como hoy toca el tronco, lo mejor es no tener algo dentro. Es un día nublado. Cuando miro detrás de mi cama por la ventana, veo una mitad de la fortaleza, que está envuelta en niebla y entronizada en la colina. „Imagínate recorriendo hasta allí“, me dije a mi misma en alta voz. Pero ¿por qué digo eso? ¿Acaso ya no he sufrido suficiente?

Han pasado unos segundos de pausa. Estos segundos pasaron mucho más rápido que en el mundo real. En mi mundo actual cada segundo es tres veces más largo. En mi regazo tengo una pesa que tengo agarrada con ambas manos. Presiona un poco en mi hueso pélvico, pero no es desagradable. De hecho estoy orgullosa usando pesas durante los ejercicios.

No todo está tan mal.

La television está encendida frente a mí. Gracias a mi soporte de televisión puedo inclinarla hacia adelante y así flota sinierstramente sobre mi cabeza. Pero es conveniente, ya que paso bastante tiempo en el suelo. La chica rubia en el vídeo flota también sobre mi cabeza, mientras estoy tirada ahí como una tortuga. Cuando me doy cuenta de esto, me levanto y me recuesto con las piernas dobladas en mi colchoneta. La chica tiene la mano levantada e indica que está contando los últimos 3 segundos hasta la siguiente ronda. Igual que yo está en su esterilla, pero a diferencia de mí se divierte bastante. Miro a su postura perfecta, el cabello arreglado con olas suaves. Hecho con el rizador, por supuesto. No todos pueden ser bendecidos con rizos, como yo. De nuevo noto que hay cosas que siempre son buenas y me he hecho una nota mental estar agradecido por ellas.

Dejo vagar la mirada de nuevo. Tiene la ropa bien coordinada, un conjunto de su colección deportiva. No es que como si no estuviera ganando bastante dinero con sus vídeos que miran los millones de suscriptores. Claro, es parte de su trabajo. Pero me da igual. Por el momento no tengo buenas cosas para ella. Es asombroso los sentimientos que puede evocar una persona que no esta realmente ahí.

Lo silencié, porque no me gusta la música que pone en sus vídeos. Tengo mis auriculares enterrados profundamente, sabiendo que no puede ser muy sano. Odio cuando se me caen durante los ejercicios. Cada pocos momentos tengo que chequearlos para que no se me apague mi música sagrada. La música es lo único que me deja sobrevivir. A veces incluso canto durante los ejercicios, especialmente cuando las cosas se ponen realmente mal. Es mi forma de mantener el estrés.

Pasaron los últimos 3 segundos y ha llegado el momento. A mi lado tengo un espejo para corregir mi postura. Estoy inclinada y como no tengo el apoyo de mis pies, aprieto mi músculos abdominales para mantener el equilibrio. Levanto el peso y lo llevo a la izquierda, a mi lado. Pero no lo pongo en el suelo, más bien, tiro de él casi inmediatamente para llevarlo por otro lado. No tiene que pasar mucho tiempo para

sentir que los abdominales laterales están trabajando. Ellos contratacan claramente contra esa carga inusual. Los 30 segundos haciendo ese ejercicios parecen interminables. Cierro los ojos con fuerza y empiezo a concentrarme en la música. Ya intenté prestar atención a mi respiración, pero solo entro en pánico, porque entonces creo que no estoy recibiendo suficiente aire. Se establece una regularidad en el movimiento de las manos que guían el peso.

En realidad llega un momento en que todo fluye y donde las cosas ya no parecen imposibles.

Sin embargo, eso desaparece muy rápido cuando vuelvo a mirar la television. El temporizador en la esquina del vídeo me indica que han pasado 7 segundos. Hice otra nota mental de que mantengo los ojos cerrados por más tiempo si quiero mantener mi paz.

Entre timbres y colores

Miriam Rube

Estoy escuchando.

Estoy escuchando unos acordes de piano detrás de mí, un poco a la derecha. Sé que es mi compañero de piso al que estoy escuchando. Después de una pausa pequeña los sonidos están soñando más vibrantes. Son sonidos de una guitarra. Parece que ha cambiado de instrumento. Está tocando acordes... acordes de una canción que está tateando al mismo tiempo. Es una canción relajante, a mí me gusta escucharla.

Estoy escuchando a mi compañera de piso que está sentada frente a mí, escribiendo con un lápiz en su papel con un sonido muy suave. De vez en cuando estoy escuchando

que está tecleando en su portátil, el cual está haciendo un ruido como si estuviera respirando. Solamente que está respirando con un soplido larguísimo.

En la misma dirección de la cual estoy oyendo aquellos tonos de guitarra (mientras tanto mi compañero está tocando otra canción), un poco más arriba, estoy escuchando los sonidos del reloj. Igualmente es un sonido bastante agradable para mí.

De repente un crujido me está despistando de su tictac homogéneo y relajante. Mirando un poco hacia arriba estoy viendo que mi compañera está comiendo patatas fritas. Despistada estoy intentando volver a mi texto.

Estoy escuchando nuestro refrigerador a mi espalda. Como casi siempre. Ahora está soñando como si sostuviera un río dentro que no quisiera parar de discurrir.

Estoy viendo.

Estoy viendo una tapadera echada con la empuñadora debajo de la mesa de madera sobre la que he puesto mi portátil. La tapadera está paralizada como si fuera un escarabajo que ha caído de una hoja y que ya no puede moverse. En el vidrio de la tapadera se está reflejando la ventana de un color casi blanca. Al mirar a la ventana estoy viendo mi vista habitual: Una casa de color amarillo con ventanas, buhardillas y balcones, con un tejado rojo enorme. El cielo está de un color gris claro, lleno de nubes.

Alrededor de nuestra ventana estoy viendo nuestra propia buhardilla – da al interior.

A su lado izquierdo está colgada una guitarra. No es una guitarra cualquiera, lleva una historia. No sé mucho de su historia, solamente sé que mi compañero la ha encontrado en una de sus caminatas. La guitarra está abollada como si alguien le hubiera dado un puñetazo fuerte. Al lado izquierdo del diapasón tiene manchas un poco raspadas de los colores verde y negro. Su cuello está doblado como si estuviera triste porque su amor le ha abandonado.

Estoy olfateando

Me toca corregirme: no estoy olfateando nada. No estoy olfateando los gases residuales por ejemplo que están emitiendo todos los vehículos afuera ensuciando al ambiente como si no pasara nada ni al aire ni al resto del mundo si siguen haciéndolo. No estoy olfateando esos gases porque están cerradas nuestras ventanas. Cerradas como fronteras. Fronteras que separan a la gente, que están usadas como deslinde de la gente de otros países. Que no quieren dejar pasar a refugiados y los retienen. Fronteras que se soportan como si fueran paredes de una cárcel. Estoy pensando en la gente que ha tenido que regresar a Afganistán actualmente.

Las nubes se están moviendo. Ahora su gris ya está un poco más oscuro. A mí me parecen pulcras, como si fueran pintadas en un caballete, con acuarelas. Parece que la luz detrás de ellas – blanca como nieve en una montaña – quisiera traspasarlas pero no lo puede lograr, así que le toca quedarse en el trasfondo en silencio. Estoy intentando focalizarla. Con el tiempo la mella blanca chiquita se está mutando en una

mancha más grande, la blancura está aumentando hasta que estoy viendo todo el cielo en colores negativos.

Estoy sintiendo

las teclas que estoy apretando para escribir estas palabras. Tienen un tacto blando.

Estoy mirando mi portátil. Es de color plata, sus teclas son negras. Se escucha un sonido silencioso a cada una que estoy apretando como si allí se estuviera deslizando rápidamente un animal pequeño, quizás un ratón...?

mi cuerpo que está un poco agotado. Estoy teniendo agujetas en mis brazos.

Estoy prestando atención al cielo de nuevo. Ahora está sosteniendo los colores azul y rojo, ambos de intensidades innumerables – igual que las gotas de las cuales están formados. Pero esta vista maravillosa está desapareciendo bastante rápido porque las nubes todavía se están moviendo y ahora con velocidad de vértigo como si quisieran huir de algo.

Estoy teniendo los párpados muy pesados. Mi cansancio me está pidiendo echarme en la cama y cerrar los ojos.

Estoy escuchando el reloj nuevamente – su tictac me está pareciendo bastante fuerte ahora. Igual que los sonidos del refrigerador.

Estoy notando que mis párpados están ganando peso.

Ya no estoy viendo tan claro.

Mis ojos se están cerrando lentamente

Querido Philip:

Larissa Börner

Querido Philip:

Me gustaría compartir contigo un momento que he vivido hoy con mi hermana, Alejandra, durante mi visita en su nuevo lugar de estudio, Landau en el Palatinado.

Ya que las restricciones de contacto debidas a la pandemia todavía siguen vigentes, decidimos hacer senderismo en el bosque del Palatinado este tercero domingo de Adviento. Con el coche que he tomado prestado de un amigo de Wurzburg y con nuestros víveres para la caminata en nuestras mochilas nos dirigimos a un pueblo pequeño, St. Johann, a la linde del bosque. Después de aparcar el coche, nos

marchamos a pie cuesta arriba hacia el mirador de la roca Orensfels a una altura de 581 metros. La ascensión fue agotadora, pero la vista que se nos ofrecía una hora y media después era fantástica:

En el punto más alto de la montaña, había un acantilado con una barandilla hacia lo que sobresalían las copas de unos arbustos de un plano más bajo. El aire fresco que soplaba por nuestro pelo hizo que nos tuviéramos que colocar nuestras capuchas y bufandas, que nos habíamos quitado durante la escalada al acceder del saliente rocoso. En algunas partes se habían formado charcos sobre la superficie desigual de la roca, pero ya no llovió y los saltamos avanzando hacia la barandilla. Delante de nosotros se extendía un valle delimitado por otras colinas o montañas boscosas en la lejanía. El valle se abría hacia nuestra izquierda ofreciendo una vista sobre Landau y los pueblos de los alrededores. No hacía mucho sol porque nubes grandes lo ocultaban, pero el ambiente y los estados de ánimo de todo el mundo no eran sombríos - quizás porque toda la gente que había llegado a la cima de la montaña se alegraba por el hecho que a partir de este momento hasta el fin de su caminata solo tendría que ir cuesta abajo. Con la vista buscamos castillos en colinas vecinas que deberían ser visibles desde allí.

Pedí a Alejandra que se pusiera delante de la barandilla mirándome para que yo pudiera hacer una foto de ella. Se puso sobre una pierna, levantó la otra hacia su lado y estiró ampliamente sus brazos y dedos sonriendo a la cámara (como lo hacía siempre un conocido mío cuando llegaba a la cima de una montaña). Justo antes de hacer la foto, unos parapentistas con parapentes de diferentes colores aparecieron en el fondo de mi encuadre.

En la foto también, el ambiente no era nada deprimente y el esfuerzo que habíamos tenido durante la ascensión ya estaba olvidado.

¡Espero mostrarte la foto!

¡Hasta pronto!

Larissa

Camisetas

Saskia Kampf

La mujer está sentada en una silla pequeñita, inclinándose hacia delante. El mueble, así como la mesita que ella tiene delante de sí, es de madera oscura. O quizás lo oscuro solo sea la pintura que le dieron hace mucho tiempo a la silla, cuando algún viejo en un pueblo muy lejos la fabricaba. La pintura se desgasta desde hace mucho tiempo ya, así que se han formado numerosas sendas en ella que forman un dibujo abstracto.

O quizás lo oscuro sea el polvo. El polvo menudo que se encuentra en todas partes. Ella apoya su cabeza en las manos, incluso su piel está cubierta de polvo. Solo es una capa fina, pero convierte su piel, que debería tener un color vivo, que debería brillar con fuerza y salud, en una cortina que combate la vida y el sol.

En su muñeca tiene una cadenita de cuero, trenzado como lo hacen las niñas cuando tienen muchas ganas de crear algo y luego, muy orgullosas, regalan a toda su familia los tesoros.

La joven tiene manos gráciles, sus dedos son largos y finos, están hechas para un anillo de oro con el que sueña. En el dorso de la mano se ven las venas, que transmiten de su corazón toda la fuerza a esas manos, que hacen tanto. Si girara la mano, se podría ver el efecto que tiene todo ese trabajo duro. Sus palmas están llenos de callos y las puntas de sus dedos muestran cortes y pinchazos. Algunos recientes, otros que ya casi han cicatrizado. Y por último, debajo sus uñas cortas y bien cuidadas, está el polvo.

Tiene los ojos cerrados. Su nariz rojiza, sus cejas fruncidas, sudor brotando de su frente del calor que hay en el sitio. ¿Qué estado de ánimo refleja su cara? ¿Está furiosa, está esperanzada o tiene miedo? Su cara es un enigma. Lo único que no puede ocultar es que está agotada, está cansada. Golpes roncros y altos penetran su cabeza por su oído y pulsan en su mente. Un sonido que tiene que provocar un dolor de cabeza horrible. De repente la mujer cambia. Se endereza. Está atenta. Erguida se queda sentada en su silla. Hay un momento de completa tranquilidad, se queda en silencio, relaja su cara y su cuerpo entero. No queda nada del estrés, del sufrimiento, de la tensión que se sentía hace unos segundos. Y se pone a bordar.

En su mesilla hay una pila de camisetas azules que necesitan un borde de cuentas. Ella está en el centro de un cuarto enorme y ruidoso. A su derecha están tres mujeres viejas con máquinas de coser. Al otro lado hay otras que cosen, bordan, planchan. Unos hombres ordenan y cortan telas de colores vivos, que están en absurdo contraste con el resto de este lugar polvoriento. Al borde del cuarto juegan unos niños, debajo de unas ventanas rotas. El vidrio de esas ventanas tiene grietas finas, como si los niños lo hubieran golpeado con su pelota. El diseño que se ha creado se parece a las calles de una ciudad muy lejana.

La chica mira por las ventanas al cielo celeste e imagina las mujeres en esta ciudad y que llevan puestas sus camisetas.

¿Una mañana como cualquier otra?

Brigitte Hassold

Martes, 16 de diciembre, a las 6.45.

Después de siete horas durmiendo, nuestra protagonista abre los ojos cansados y pesados, se estira brevemente de pies a cabeza y apaga la alarma penetrante del despertador. Como siempre – un mal hábito - primero echa mano al móvil que está encima de la pequeña mesilla de noche al lado de su cama de Ikea. Con los ojos apretados, porque todavía no encuentra sus gafas - probablemente están encima del lavabo en el cuarto de baño – lee los mensajes de Whatsapp lentamente.

El primer mensaje es de su querido novio, a quién conoció hace seis meses, y probablemente el gran amor de su vida, Eduardo, que vive con su familia brasileña en Portugal. Los dos se conocieron en una exposición de Pablo Picasso durante un día lluvioso en Lisboa el año pasado. Nuestra protagonista quedó impactada al conocer a Eduardo, el hombre misterioso con los ojos claros que le introducía en el arte de

Picasso durante su cita a ciegas. Fue amor a primera vista. En el mensaje, Eduardo le desea que tenga un buen día, y que no puede esperar a que lleguen las vacaciones de navidad para verse.

El segundo mensaje que ha recibido durante la noche es de su hermanita pequeña Elisa. Ella le recuerda impacientemente que todavía no tienen un regalo para el cumpleaños de su madre en unos días. De ninguna manera quiere que se repitan los eventos del año pasado en el cual no tenían un plan definitivo y, al final, compraron un ramo de flores deslucido y un paquete de chocolate caducado en la gasolinera sucia porque todas las tiendas en Würzburg estaban cerradas. Seguramente, debido al nuevo confinamiento Elisa tenga razón.

Cuando nuestra protagonista acaba de responder a los primeros dos mensajes, un nuevo mensaje aparece en la pequeña pantalla de su móvil. Es de su jefe...

El mensaje dice “Tenemos un caso de COVID en la escuela. Una joven de 14 años. Quedaos en casa, nos vemos en la reunión a las 9.”

Le dio una punzada en el corazón. En un abrir y cerrar de ojos, mil preguntas se le pasan por la mente de nuestra protagonista. ¿COVID-19? ¿La enfermedad infecciosa causada por el coronavirus con más de 27.000 contagios en un día y casi mil muertos en 24 horas en Alemania? ¿Ha tenido contacto con una infectada en las últimas 24 horas? ¿En el colegio? ¿Durante su último día de trabajo antes de las vacaciones de invierno? ¿Un día antes del confinamiento? ¡No puede ser! ¿O puede?

Se le cae el alma a los pies. Solamente un nombre de cuatro letras se le escapa de sus labios secos: Anna...

Ayer Anna se quejó de repente de dolor de estómago. Durante la clase de inglés la joven se puso con frecuencia las manos en el vientre. Aunque no tenía buen aspecto, repitió con la voz templada que estaba bien.

¡Mierda! Se pone nerviosa. Preocupada, la protagonista se mueve de un lado al otro en el dormitorio de 24 m². Como si le hubiera picado de una abeja, googlea con

inquietud y angustia en busca de los síntomas de coronavirus en internet. “Los síntomas más comunes pueden incluir: fiebre, tos, cansancio.” Menos mal, piensa ella. “Otros síntomas pueden ser: falta de aire o dificultad para respirar, dolores en los músculos, escalofríos, dolor de garganta, goteo de la nariz, dolor de cabeza, dolor en el pecho, conjuntivitis.” Suspira aliviada. El dolor de estómago no es un síntoma típico de Covid-19, ¿no es así? Ansiosamente, casi fanáticamente, vuelve a buscar. Con cara de asombro, nuestra protagonista lee las siguientes frases: “Un estudio, publicado el miércoles en la revista American Journal of Gastroenterology, encontró que mientras la mayoría de los pacientes con COVID-19 tienen síntomas respiratorios, muchos pacientes experimentaron síntomas digestivos como su mayor queja.” ¡Qué mierda de vida!

Con el miedo de estar infectada, nuestra protagonista se ducha distraídamente y se viste rápidamente. Cuando está vertiendo el café en su taza favorita, todavía sin sus gafas, el vaso del vino de la noche anterior cae al suelo. Se queda en silencio por un momento y quieta como si fuera una estatua. Mientras sus ojos se le llenan de lágrimas, nuestra protagonista casi camina encima de uno de los pedazos de vidrio. Por un breve momento, ve su reflejo miserable en uno de los pedazos. Es como si mirara a un fantasma. Se siente como si fuera la protagonista de un drama. Con mucha lentitud, seca las lágrimas con el lienzo, inspira durante tres segundos y expira durante cinco segundos cinco veces, pasa la aspiradora y se anima con las palabras “los vidrios rotos traen suerte, ¿no es así?”

Un perro durmiendo

Rikke Hansen

Un perro entra en la habitación. Tiene un pelaje marrón, su barriga un poco más clara y sus patas un poquito más oscuras que el resto de su cuerpo. Camina un rato moviendo su cola de izquierda a derecha hasta que de repente se detiene en el medio de la habitación. Gira su cabeza en mi dirección, mirándome directamente a los ojos. El sol brilla por la ventana en la habitación y en la cara del perro, dejando el pelaje del resto de su cuerpo reluciente, cambiando el color de marrón a amarillo y color de oro. Al principio cierra un poco los ojos por el sol, abriéndolos rápidamente de nuevo, mirándome otra vez con sus ojos ambarinos, brillando del sol, parecidos a un tarro de miel. Desvía su mirada de mí y hacia el suelo, quedándose de pie, mirando el suelo pensativo un rato. De un momento a otro el perro se tumba en el suelo lentamente, sentándose primero, con suavidad. Balanceándose segundo en tres patas mientras agacha la otra hasta que está en el suelo completamente. Estira las patas traseras, apoyando su estómago encima, tirando sus patas delanteras hacia el cuerpo. Con cuidado, apoya la cabeza en el suelo, cerrando

sus ojos ambarinos. Inhala y exhala moviendo el torso. Empieza a respirar más calmado. El torso se mueve menos. Sus ojos se quedan casi cerrados. Sus párpados se contraen mínimamente. Mientras su nariz negra se mueve también como si estuviera oliendo algo y su boca se mueve haciendo un sonido de babeo con la lengua y sus labios. La mayoría de su cuerpo se queda quieto en tanto que su torso continúa moviéndose al ritmo de su respiración. Sus patas se juntan, las garras oscuras tocando el suelo, haciendo un sonido chirriante. Sus orejas caídas marrones comienzan a temblar, moviéndose rápidamente, tocando su cara y un par de sus bigotes que están moviéndose también. En el mismo momento estira una pierna delantera primero y tira la misma hacia el cuerpo después, imitando un movimiento de carrera. Sigue la otra pata delantera y luego las dos patas traseras. Moviendo sus patas el cuerpo del perro se tumba en el lado izquierdo formando una línea recta con su espalda. Las patas se mueven más fuerte hasta que abre sus ojos ambarinos, mirándome a mí con una mirada confusa. Empujando hacia el suelo con sus piernas delanteras se levanta. Se queda sentado un momento. Después empuja hacia el suelo con las dos patas delanteras, extendiéndolas. Arquea la espalda, formando una joroba más grande que la de un gato. Su pelaje marrón claro se levanta, revelando las vértebras de su columna vertebral de la espalda. Sus orejas caídas se levantan fácilmente mientras abre su boca, sacando la lengua, estirándola lo más posible. Mientras cierra la boca mirándome, el sol vuelve a entrar por la ventana, dejando sus ojos ambarinos brillando de nuevo. Vuelve a apartar la mirada de mí y sale de la habitación con los ojos bajos.